

El camino de las casas cansadas

Walter Jay



Nava Haro, Walter Jay

El camino de las casas cansadas / Walter Jay

—México: Editorial De otro tipo, 2018

160 p. 21.5 cm

Serie: Ficción De otro tipo

Género: Novela

Colección: Libros Fas

© Walter Jay, *El camino de las casas cansadas*

© Primera edición, Jus, 2011, editorial De otro tipo, 2018

D. R. 2018 Editorial De otro tipo S.A. de C.V. 1a privada de Mariano Abasolo no. 10

Col. Tepepan. Del. Xochimilco. C.P. 16020. Ciudad de México.

Colección Fas: Nicolás Bravo 309. Col. Centro Ixtlahuaca-Edo. de México. C.P. 50740

56750240 / www.deotrotipo.mx

712 2837262 / librosfas@gmail.com

Editor: Walter Jay

Formación: Selene Solano Jandete

Portada: Mauricio Gómez Morin

Coordinador editorial: Raúl Gonzpalez Pineda

Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, la fotocopia o la grabación, sin la previa autorización por escrito.

ISBN: 978-607-96956-6-0

Impreso en México / Printed in Mexico

*

Contenido

1. —Tengo una historia que contarle.	13
2. La mente puede engañarnos...	15
3. Empezaban los tiempos de calor.	19
4. —Rosario miente.	23
5. —Buenas tardes, doña Jacinta.	29
6. —Doña Berta, dígame quién es.	35
7. No había con quien hablar...	39
8. Mi madre también estaba despierta...	43
9. Resultó ser un año de sequía.	47
10. Me enfilé entre los cerros negados a servir...	51
11. Había roto el ritmo de mis días.	55
12. Me quedé a vivir rodeado de cuatro paredes...	59
13. Los sueños no me dieron tregua...	61
14. Doña Mary me llevó a una mesa alejada...	67
15. Al día siguiente busqué a don Cristóbal...	71
16. El clima cambió de un día para otro...	77
17. Mis manos se fueron enfriando...	83
18. Hasta la angustia se puede volver rutina...	89
19. Mi encuentro con ese vendedor...	95
20. Doña Mary se convirtió en mi nueva rutina...	99
21. La muerte también siente remordimientos...	101

22. Todo cambió. Un intenso desasosiego...	105
23. La mirada debe ser mucho más rápida...	107
24. —Hace tiempo que no hablas.	111
25. Había olvidado a mi amigo del espejo...	113
26. Le conté a don Cristóbal todo...	117
27. Me encerré sin más consuelo...	119
28. Doña Mary siempre llevaba consigo...	121
29. Don Cristóbal estaba sentado...	123
30. Nicolás seguía con dificultad los pasos...	127
31. En cuanto salió el sol la llevamos...	133
32. En cuanto toqué la puerta...	139
33. Anselmo estaba al frente...	143
34. Me quedé solo. Los recuerdos se cayeron...	147
35. Llovió intensamente durante semanas.	151
36. La imaginación pudo contarme...	155

A mi abuela,
por todos los recuerdos a los que me invitaste a pasar.

A Adriana,
preciosa, por más que busqué, no me alcanzaron las
palabras para agradecerte tanta luz.

A Miguel,
porque debiste tener otra historia.

1

Tengo una historia que contarle. Cada palabra y cada frase vienen de muy lejos. Han tenido que recorrer muchos caminos para poder llegar hasta aquí; por eso quiero contarla, porque al final son mis palabras la única posibilidad de un testigo...

2

La mente puede engañarnos como un encantador de serpientes. Lo supe al descubrir que hay rutinas demasiado largas para notarlas a simple vista, vivimos cautivos de ellas hasta que nos llega un momento realmente diferente. El mío llegó de noche, detrás de muchos meses en vela.

Mi madre intentaba encender el fogón, la leña no quería iniciar el fuego pero ella no sabía perder y seguía insistiendo. Yo le había lanzado la pregunta, la miraba a unos cuantos pasos, con la respiración contenida y el deseo de una respuesta. Ella no quería hablar, prefería disolverse con el humo y esperaba paciente a que yo me cansara, pero mi voluntad ya era más fuerte que la suya.

Luego de tanta obstinación logró encender el fuego, lo contemplaba perdida en no sé qué pensamientos, la casa parecía tan grande cuando se proponía estar lejos. Tuve que acercarme dos pasos para traerla de regreso y su gesto cambió, su expresión se volvió dura ante mi insistencia. No hallaba cómo alimentar el valor, pero tampoco bajaba la guardia.

Se levantó para abrir la ventana y el viento resultó tan intenso que tuvo que cerrarla de nuevo. Se sentía acorralada. Sabía que yo no cedería, y al fin de un rato se decidió a hablar.

—Le dije que no se fuera pero no me hizo caso. No le insistí. Él ya había tomado la decisión unos minutos antes. Me senté mientras recogía sus cosas para que se diera cuenta que no lo apoyaba. Tomé una actitud tranquila para que no viera mi dolor; me volví indiferente para que no pensara que era una rogona. Cuando ya se iba le di la mano firme para que se diera cuenta que no me doblegaba. Le dije adiós para que no se imaginara que lo esperaría de regreso. Hasta le desee suerte, para que no supiera que quería lo peor para él.

Hundió otra vez sus recuerdos en el silencio, la veía luchar con su propio instinto de guardarlo todo. Buscó más leña y la echó al fuego, con los ojos clavados en las llamas. Hasta que pudo continuar.

—Luego lloraste tú, y por más que me aguanté se me salieron las lágrimas, pero esas no las oculté, Gabito, porque no lloraba por mí, lloraba por ti, porque también te dejaba, porque presentía este día contigo.

La historia de mi vida por fin brotaba de sus labios y quería negarla; con gusto hubiese cerrado los ojos a la verdad, pero desde hacía mucho tiempo que las dudas me desgarraban, no podía dar marcha atrás; sólo esperé el tiempo eterno que a ella le tomó destrabar sus recuerdos.

—Pasaron veinte años sin mencionarlo. Veinte largos años en los que caminé sola, en los que me volví fría para que nadie se acercara; fui hombre y mujer para que no te faltara nada; no comí para que tú

comieras; no dormí hasta que tú sanaras. Una sabe cuando su hombre no va a volver, por eso le dije adiós, por eso borré todos sus recuerdos. ¿Por qué ahora me preguntas por tu padre?

Se levantó para tratar de contener un odio que se le despertó de pronto. No me miró, veía la puerta como una oportunidad para escapar, y no supe de dónde saqué valor para cerrarle el camino.

—Porque soñé con él pero no tenía rostro; porque me di cuenta de que es un vacío constante y desde entonces no duermo bien. Una fila interminable de gente sin facciones me espera cada noche para atormentarme, y no es por lo que dicen, es por lo que callan.

Ya se iba. No podía darse cuenta de la angustia que causa no saber nada de uno. Insistí.

—Porque siento un enorme vacío y ya nada es suficiente para aliviarlo.

Se detuvo.

Volteó a verme con un sentimiento tan grande que parecía que el mismo aire se había hecho uno con ella, pregonando su sentir y faltándome a mí.

—¡Tú no eres hijo para él!

—¿Por qué le guarda tanto rencor?

—¿Cómo sabes que es rencor?

Ella tenía la virtud de callar todo lo que sentía, ni una sola de sus palabras se atrevía a enfrentarla, pero el cuerpo siempre terminaba

por traicionarla y no pudo detener dos lágrimas que rodaron veloces por sus mejillas, como si esas dos gotas de agua tampoco quisieran hablar.

Callé, con la esperanza de que dijera algo más por propia voluntad.

En casa siempre sobraban los silencios, por eso aprendí a leer el cuerpo, y encontré tantas emociones en su mirada que no pude preguntar más. No era yo quien debía ponerle nombre a sus pesares, no era yo quien viajaba hasta lo más profundo de sus recuerdos y aflicciones; no podía obligarla.

Tampoco logré persuadirla. Sus pasos cobraron tal fuerza que ya nadie sería capaz de detenerlos. Las emociones que guardaba en su pecho eran una bestia brava imposible de controlar. Me quedé solo. De pie junto al fogón. Mirando cómo se alejaba la verdad sobre mi historia. Toda la leña se había consumido.

3

Empezaban los tiempos de calor. Mi madre salía mucho antes de que yo despertara para preparar la tierra de siembra. Desde nuestro enfrentamiento evitaba mi presencia a cualquier precio. No le bastó con quemar los restos de la cosecha pasada, de un momento a otro sostuvo que sería un año de sequía y se entercó en agrandar la parcela: deshizo más piedra, arrancó más arbustos, cortó más árboles y no descansó hasta que llenó de cenizas el doble de campo que acostumbrábamos sembrar. Buscaba las maneras de hablarle pero ella fingía no darse cuenta, ocupaba su tiempo en construir una cerca de silencios con tanto esmero, que parecía que nada podría detenerla.

El tiempo empezó a sobrarme. Después de cuidar los animales, acarrear agua o hacer la leña, me gastaba las tardes largas paseando a caballo por el pueblo. De lado a lado era puro abandono; apenas cuatro calles largas, tristes y solitarias sostenían nuestras casas, desde la última que quedaba en la vereda grande hacia el monte hasta la que estaba más cerca del barranco. Cada vez eran menos, las perdíamos con los años, bastaba conque su dueño muriera para que el tiempo las borrara de inmediato; a lo más nos dejaba unos cuantos retazos que disfrutaba de llevarse poco a poco, con la maldad de arrasar con

todo, menos de algo que nos recordara lo perdido. En todos lados tropezaba con puertas enfermas, ventanas agonizantes, árboles sostenidos de angustia que hacían brotar sus raíces de entre los pisos para calmar su sed.

No era raro tener que pisar entre los muertos para llegar a cualquier lado, porque todas nuestras calles llegaban hasta el panteón, que se mostraba dueño y señor justo en medio de todo. Éramos tan pocos los vivos que hasta podíamos contarnos de uno en uno, y cruzando ese enorme panteón daban ganas de contar también a los muertos, para sentirnos menos solos.

Las tardes eran solitarias, casi nadie salía de sus casas ni encendía sus velas para luchar contra la oscuridad. El tiempo no tenía sentido para nadie, dejábamos que avanzara de lado a sabiendas de que de nada nos servía pelear, porque nos iba arrancando pedacito tras pedacito, tan silenciosamente con cada segundo, que sin darnos cuenta se lo llevaba todo como hormigas, abriéndole paso al eco, que se hacía notar victorioso con cada zancada que daba el caballo. Yo me obstinaba en hacerlo correr a galope, con la intención de ganarle un día y callarlo en seco, pero entre más aprisa lograba andar, más calaba su presencia entre los huesos.

—¿A qué viniste? ¿Quién eres? ¿Qué haces en este pueblo de ancianos?

Nicanor me cerró el camino con una piedra en la mano y furia en sus ojos; no sé cuántas veces me hizo lo mismo a lo largo de mi vida, pero por primera vez sus palabras detuvieron el eco y me anunciaron el presagio de algo. Como pude controlé el sobresalto del caballo y

Nicanor tiró la piedra asustado, apenas logró cubrirse de las zancadas, que luego encaminé hasta la casa de Rosario. En ocasión de un dolor se acudía a ella, y aunque no iba a verla desde que era niño, cuando las fiebres eternas dejaron de perseguirme, tampoco olvidaba el respeto que mi gente le tenía por sus manos y hierbas milagrosas para curarlo todo. Quizá por eso quería verla, tenía la esperanza de que también curara el alma.

—Buenas noches, Rosario.

Su casa era la más vieja de todas, cada año había que repararla con resina, adobe y hojas de palma. Rodeada de una cerca de piedra que mal sostenía una enorme planta de espinas; de éstas que se parecen tanto al rencor, porque echan raíz en cualquier grieta que encuentran.

—Buenas noches, Gabito.

La encontré cargada de hierbas y de años, con el rostro apretado de arrugas que le enmarcaba esa mirada de ave de presa que siempre tuvo. Esa mirada que, en cuanto me vio, lanzó al abismo de sus pensamientos. Los únicos que me recibieron fueron sus siete perros, que defendían lo suyo con una ferocidad que apenas podían contener sus cadenas, y continuaron así hasta que Rosario terminó de viajar tanto hacia adentro y pudo callarlos con dos conejos sin piel que colgaban junto a las ollas.

Mi presencia le era indiferente, continuaba su vida como si yo no estuviera ahí. Vació dos bolsas de hierbas que tenía sobre la mesa y se puso a separarlas con el cuidado que uno pone a las cosas delicadas. Yo la esperaba junto a su catre repleto de muñecas viejas, que

en vistazos descuidados lograban aterrorizarme con sus rostros tan reales. Al final tuve que hablarle sólo para dejarle en claro que aún no me iba.

—Hace tiempo que no puedo dormir y no es por falta de sueño, la noche ya no es buena consejera, se ha vuelto mi enemiga.

La humedad se mostraba sin recato por cualquier rincón, se revolvía con el olor a hierbas frescas provocando un aire denso que dificultaba respirar, pero a mi silencio Rosario volteó a verme, y con un gesto me animó a que continuara con una historia que al parecer ella ya conocía de memoria.

—No suelo soñar, o al menos no conocía esa doble vida de mis pensamientos, pero ahora, apenas mis ojos se cierran llegan a mi cabeza imágenes que me aterrorizan. Gente sin rostro que se pasea por mis sueños diciendo cosas que me intrigan. Mi mente perdió interés en todo, se pasa las noches buscando como un ciego algo que no atino a descubrir.

Rosario caminó de un lado a otro para poner sus hierbas a orear sobre las vigas; su mirada había regresado a esos abismos que tanto frecuentó desde que entré, buscaba incansablemente sin encontrar lo que quería. Yo aguardaba con los nervios despiertos, como a la espera de una noticia importante; hasta que por fin se decidió a hablar.

—¿Quién eres Gabito?

—No lo sé... mi vida está hecha de silencios.

—Es tu historia, está vacía... como tú.

4

—Rosario miente.

Regresé a mi casa con más carga que la leña, cargaba las palabras que la vieja Rosario me había dicho; las repetía una y otra vez frente al espejo, con la intención de hacerlas lograr en mi entender.

—Pregunta, Gabito.

—¿A quién?

—A tus sueños, son buenos reveladores.

Le contaba todo lo vivido con Rosario a esa figura que se asomaba desde el espejo. Hacía muchos años que hallaba alivio al hablarle, y le hablaba tanto que acabó por convertirse en compañía, en un buen amigo.

—En mis sueños sólo estoy yo, le dije a Rosario, nadie más tiene rostro.

—Busca, Gabito.

No hallé algo claro en sus palabras, ni siquiera cuando le pregunté por mi padre, porque su mirada de ave voló de nuevo a sus abismos, buscó ofendida a una presa que seguramente encontró, porque en ese instante apagó decidida las velas que yo había encendido y dio por terminada nuestra conversación.

—Rosario miente.

Le repetí al espejo.

— Sé que hay más recuerdos.

Buscaba con desesperación los rastros de una historia que Rosario aseguraba vacía; encontré cuatro, sólo cuatro que repetí hasta el cansancio.

Me acosté sobre esos recuerdos tendidos sobre mi catre, girando de un lado a otro entre los huecos de mi espíritu, envuelto en el silencio y abrazado a las ideas que pasaban por mi mente; obstinado en encontrar al menos un recuerdo más, hasta que de tanto andar en lo mismo por fin pude alcanzarlo.

Me levanté de golpe y fui hasta el ropero; a tientas busqué un compartimento secreto que había construido de niño, detrás de todo lo guardado. Allí había dejado un recuerdo, estaba seguro.

Lo encontré, con su imborrable olor a olvido.

Encendí una vela para mirarlo mejor y descubrí con asombro lo que en realidad era: la fotografía de un muerto.

El papel atrapaba la imagen de un hombre con facciones rígidas y pálido color. Jamás lo había notado. Lo recordaba dormido. No tenía la menor idea de quién era ni qué hacía en mi casa, mucho menos por qué un muerto que no conocía era mi amigo nocturno, el bálsamo para el miedo infantil, pero la memoria ya estaba demasiado hundida en el pasado y de pronto tuvo buen tino: la había robado del baúl de mi madre, un día que olvidó cerrarlo con candado.

Era la única imagen que había en toda la casa, seguramente se trataba de alguien importante para ella porque de otro modo no la hubiera guardado; aunque también pensaba que si hubiera sido tan importante para ella habría notado su falta desde hacía muchos años.

A tientas fui hasta el baúl con la esperanza de encontrarlo abierto de nuevo, pero para mi sorpresa lo hallé reforzado con otro candado. Mi madre ya sabía que la fotografía estaba en mis manos y no quería más robos.

Me fui a acostar esperanzado al descanso. La fotografía aún pudo ayudarme a dormir, aunque no pudo evitar que regresaran esos sueños de los que tanto huía, que siempre lograban envolverme en un viaje turbulento a no sé dónde...

—¿Escuchaste el eco?

—¿Cuál?

—¡Escúchalo! ¡Ahí está otra vez!

—No escucho nada.

—¿No? Es una lástima. Era tan claro.

—¿Qué decía?

—Ya lo escucharás cuando regrese.

—¿Quién eres?

—¿Te olvidaste de mí?

—No sé quién eres.

—¿Ves? Sí te olvidaste.

—No te conozco.

—¿Por qué me niegas?

—De verdad, no te conozco.

—A la mejor se te olvidó que me olvidaste. Sí. Eso debe ser. Porque de otro modo me recordarías.

—¿Y cómo podría recordarte si ni siquiera veo tu rostro?

—Sí lo ves. Mírame bien.

Y volteó frente a mí, con esa ausencia de rostro que tanto me atormentaba.

—Está vacío.

—¿Ves cómo sí me conoces?

Hasta que una insoportable sensación me hizo despertar, agobiado de tanto andar en los sueños, que me perseguían con su ingrato sin decir, como cuando alguien se aferra a algo y en su obsesión por conseguirlo se ciega a todo lo demás.

Mi madre ya se había levantado, molía maíz en el metate. Noté su angustia cuando me vio despierto, pero trató de controlarla echando más tortillas al comal y moler al mismo tiempo.

Almorzamos juntos. En silencio. Como siempre. Como dos extraños que sólo tenían en común la vivienda y la sangre.

Busqué la oportunidad de hacerle plática con cualquier pregunta que saliera al paso, pero ella siempre logró sellarlas con un gesto que fuera incapaz de comprometerla. Era muy hábil para zafarse de las palabras, al menos llevaba veinte años practicando ese oficio. No lo iba a conseguir. Lo supe cuando estuve a punto de ser directo en mi sentir, y ella lo notó, se levantó en seco, fue por su rebozo y salió a trabajar el campo.

—Que tengas buen día, Gabito.

—Para usted también, madre.

Me quedé sentado con la fotografía apretada en la mano, el plato sin tocar y el olor a canela en todos lados. Por fin tenía algo certero en mi historia y no sabía de quién se trataba.

Subí por impulso lo más alto que pude entre los montes, desde allá miraba mejor el estado de las cosas. Me sentí consternado mirando esa prisión de campo, con el sol de frente y la tierra en contra. Por más que me esforzaba mis ojos no alcanzaban a llegar más lejos.

Ese era el pedazo de realidad que nos tocaba y nadie se salvaba de los estragos. Arrimados siempre a la soledad del campo, disimulando nuestro propio existir, tanto a los otros como a nosotros mismos; era un sentimiento que dejábamos llegar tan lejos que hasta nos confundíamos con las cosas.

Dedicados siempre al trabajo que nos sostenía vivos, sacudiendo los pensamientos mientras poníamos trampas a los animales y escapábamos a las propias; con las palabras contadas en un asunto de urgencia y el silencio de siempre en asuntos de todos los días.

Sólo en ocasión de una muerte las cosas cambiaban, para todos se volvían importantes las despedidas; existía la plena seguridad de que nos juntaríamos para hacer notar nuestra presencia al difunto y al doliente, porque en esos momentos de nada servían las palabras, sólo el acomodo de nuestra muda presencia en un rincón, con los ojos bajos y el gabán encima.

Seguía en lo alto con la fotografía en la mano, terco en saber quién era; ni siquiera sentía las brazas vivas del calor sobre mi piel, pronunciando cada nombre de los que seguíamos vivos, hasta que caí en la cuenta de que si el muerto estaba en nuestro panteón, todos sabían con seguridad de quién se trataba, y alguno de ellos tendría que decirme algo. De lejos vi a Jacinta, estaba frente a su casa y fui a encontrarla.